

Argumentar a partir del Análisis Conceptual

Introducción a la Investigación Filosófica

Apuntes de la sesión del 25 de Septiembre de 2018

Axel Arturo Barceló Aspeitia

abarcelo@filosoficas.unam.mx

Colegio de Filosofía, UNAM

Al momento de su inoportuna muerte, Italo Calvino (1998) se encontraba escribiendo una serie de conferencias sobre las diferentes virtudes que él más apreciaba de la literatura. Entre ellas, le dio un lugar central a la exactitud, a la virtud de presentar las cosas con el suficiente detalle, y no más; el evitar la vaguedad en pos de la precisión. Escribiendo sobre Jonathan Franzen para *The Atlantic*, Lorin Stein (2011) ha señalado también que si queremos que la literatura siga revelándonos la realidad como esta es, es necesario el tipo de precisión técnica que sólo se logra cuando se escribe, no sólo desde el corazón, sino también “desde el cerebro”. En otras palabras, lo que necesita la buena literatura no son sólo ideas, sino ideas bien ligadas; lo que necesita, en otras palabras, son buenos argumentos.

Si bien la teoría de la argumentación ha dedicado mucho trabajo a la evaluación y análisis de argumentos, es poco en comparación lo que ha dedicado a la generación de argumentos. Tenemos un sinúmero de teorías y técnicas para distinguir buenos de malos argumentos, pero son pocas las propuestas que tratan de enseñarnos de dónde sacar nuevos (y buenos) argumentos. Dejar la generación de argumentos al genio o la inspiración no debe ser la única opción, y definitivamente, no puede ser la

más eficiente. Es preferible desmitificar la generación de argumentos y mostrar que los argumentos no surgen misteriosamente sino que se pueden producir con un poco de técnica y trabajo. Como ejemplo del tipo de técnicas que nos pueden ayudar a generar argumentos nóveles se encuentra el análisis conceptual, una técnica desarrollada a principios del siglo XX por filósofos como Bertrand Russell (2005) y Gottlob Frege (1972), y que sirvió para generar toda una revolución copernicana dentro de la filosofía. Si bien, la técnica tiene sus límites, sigue siendo muy poderosa para generar argumentos dentro de cualquier campo, teórico o práctico. En las siguientes páginas no pretendo mostrar este método en toda su complejidad, pero sí proponer algunos ejercicios que pueden servir para comprender de manera rigurosa exactamente cómo se enlazan lógicamente nuestras ideas y así, aprender a comunicarlas de manera más precisa.

Tal vez sea un cliché decir que la filosofía trata de explicar el *porqué* de nuestras certezas más fundamentales. Sin embargo, en este caso el cliché es cierto. Páginas y páginas se han escrito alrededor de preguntas como: ¿Porqué hay algo en vez de no haber nada? ¿Porqué morimos? ¿Porqué es correcto actuar de ciertas maneras y no de otras? etc. Desafortunadamente, las preguntas *¿por qué?*, aunque muy atractivas e interesantes, son también muy vagas e imprecisas. Son el tipo de preguntas que necesitan refinarse antes de poder convertirse en buenas guías para la investigación y generación de argumentos. Cuando tratamos de generar un argumento, lo que buscamos es ir más allá de adoptar una opinión, tomar una decisión o responder a una pregunta. Lo que queremos es determinar **porqué debemos** sostener dicha opinión,

tomar esa decisión o responder así a dicha pregunta. Por lo menos desde la *Metafísica* de Aristóteles, sabemos que detrás de cada pregunta *¿por qué?* hay una multitud de cuestiones que hay que desenredar: *¿cómo funciona?*, *¿para qué es?*, *¿cuál es la causa?*, *¿qué razones tenemos para creerlo?*, etc. Lo mismo sucede con nuestras creencias, opiniones o certezas. Si queremos entenderlas – y solo así, poder comunicarlas con precisión – debemos buscar también *¿cómo funcionan?*, *¿para qué sirven?*, *¿cuál es la causa?*, *¿qué razones tenemos para tenerlas?*, etc.

En última instancia, explicar el porqué de una opinión (decisión o respuesta a una pregunta) es determinar su **papel** dentro de nuestra vida y concepción del mundo. Esto significa que podemos encontrar el sentido de nuestras opiniones determinando **qué diferencia** hacen en nuestra vida y en nuestra concepción del mundo. Para ello, basta hacer dos tipos de comparaciones: En primer lugar, podemos comparar dos situaciones (imaginarias): por un lado, el mundo actual tal y como lo concebimos y, por otro, como sería el mundo si aquella certeza que estamos tratando de analizar resultara falsa (independientemente de si nos diéramos cuenta de que es falsa o no). *¿Qué pasaría? ¿Cómo sería el mundo?* Este ejercicio nos puede ayudar a identificar las causas y efectos de tal diferencia, es decir, nos ayudaría a entender porqué son las cosas como son.

En segundo lugar, podemos comparar dos situaciones (imaginarias): por un lado, el mundo real tal y como lo concebimos y, por otro, como sería el mundo si dejáramos de estar seguros de aquello que estamos tratando de explicar. *¿Qué pasaría? ¿Cómo concebiríamos el mundo? ¿Cómo actuaríamos?* En particular, nos

interesa saber cuales serían las razones y consecuencias de tal diferencia. Sólo así podemos entender porqué pensamos las cosas como lo hacemos.

Supongamos que queremos entender algo tan mundano cómo porqué la gente usa nombres. El primer paso es imaginar cómo sería un mundo sin nombres. ¿Cómo cambiara esto, primero, nuestra forma de hablar y, luego, nuestra forma de pensar y relacionarnos los unos con los otros? El segundo paso es hacer un ejercicio de imaginación sutilmente diferente e imaginarnos cómo sería el mundo si nadie creyera en la existencia de nombres. ¿El mundo que imaginamos ahora es distinto al que imaginamos en el primer paso o no? y ¿porqué?

Además, podemos variar este tipo de escenarios preguntándonos qué pasaría si, por ejemplo

- a. Nadie estuviera seguro de que las cosas fueran así (en nuestro ejemplo, que existen los nombres).
- b. Uno mismo no estuviera seguro, aunque el resto del mundo sí lo estuviera.
- c. Alguien más no estuviera seguro, aunque el resto de nosotros sí lo estuviéramos.

Por supuesto, podríamos llegar a la conclusión de que **no hay ninguna diferencia**. Cuando analizamos algo de lo que no sólo estamos seguros, sino que además nos parece importante y terminamos con esta conclusión se dice que hemos generado un argumento **escéptico**. En otras palabras, un argumento escéptico es aquel que defiende que las cosas que creemos más importantes, de hecho no lo son, ya que no hace ninguna diferencia el que sean verdaderas o falsas, el que las creamos o no. En este sentido, el escepticismo es lo contrario **del sentido común**, para el cual nuestras

certezas fundamentales efectivamente son muy importantes, ya que hacen una gran diferencia en nuestra vida, comportamiento y concepción del mundo.

En general, la mayoría de las respuestas filosóficas actuales que se dan a las preguntas *¿por qué?* son del tipo funcional, es decir en realidad se preguntan por el *para qué* de las cosas. A este tipo de explicaciones pertenecen las explicaciones *fisiológicas, teleológicas, mecánicas y formales*. Lo que tienen en común todas estas explicaciones es que consideran que el porqué de las cosas está dado por su **contribución al funcionamiento de sistemas** más complejos, a los cuales pertenecen. En otras palabras, piensan que nuestras opiniones, decisiones o respuestas no pueden explicarse de manera aislada, sino que deben de situarse al interior de sistemas más grandes, dentro de los cuales cumplen alguna **función**. Los sistemas son entes complejos donde cada parte ocupa un lugar dentro de la estructura, es decir, cumple alguna función dentro del todo (Cummins 1975, Barceló 2011). No cualquier sistema es de interés filosófico; sin embargo, la mayoría de lo que nos interesa a los filósofos, como *la realidad, nuestro pensamiento, el conocimiento humano, la sociedad*, etc. es un sistema. La realidad no es un mero montón de hechos, sino un sistema complejo donde cada hecho está íntimamente ligado con otros de manera sistemática. El que al día le siga la noche, por ejemplo, está íntimamente ligado al que nuestro planeta gire alrededor de su sol. Ningún hecho existe aislado, sino que juega una función dentro de ese sistema complejo que llamamos *realidad*. Lo mismo sucede con nuestros pensamientos: cada uno de ellos juega su propio y particular papel en nuestro pensamiento dado sus relaciones (lógicas, principalmente) con el resto de lo que pensamos. En general, lo que nos interesa casi siempre pertenece a

algo mas grande y complejo que le da sentido. Por eso, al preguntarnos por el porqué de las cosas, comúnmente solemos concebirlas como componentes de un sistema.

Muchas cosas pertenecen a varios sistemas a la vez de tal manera que diferentes aspectos de las cosas se explican por su papel o función en diferentes tipos de sistemas. Dentro de qué sistema se va a situar algo para explicarlo, por lo tanto, depende del tipo de explicación que se busque. Una explicación epistemológica, por ejemplo, requiere tomar en cuenta sistemas de creencias, conocimientos, etc. Mientras que las explicaciones éticas o políticas, se encargarán de preguntar, más bien, qué función juega algo dentro de la sociedad o la vida humana. Cuando nos preguntamos por el porqué de nuestras decisiones, opiniones o posibles respuestas a problemas, a veces tendremos que explorar su función al interior de diferentes tipos de sistemas, políticos, culturales, éticos, etc. Si queremos entender, por ejemplo, el porqué de nuestra costumbre de cenar pan dulce, obtendremos una respuesta distinta si situamos esta costumbre al interior del sistema de costumbres que definen nuestra mexicanidad que si la situamos al interior del sistema económico del trigo en México o de la dieta del mexicano promedio.

Muchas veces, este tipo de explicaciones fisiológicas suelen contrastarse con las explicaciones *historicistas* o *evolutivas*, que se rigen por la pregunta **¿cómo llegaron las cosas a ser así?** Comúnmente, lo que se busca en este tipo de explicaciones son **contingencias históricas** que hayan tenido como efecto el que actualmente las cosas sean de una manera u otra. Filósofos que prefieren este tipo de explicaciones, comúnmente lo hacen con el objetivo de mostrar (algunos, prefieren decir “desenmascarar”) las raíces históricas, contingentes y naturales (en contraste

con razones metafísicas o deterministas) detrás de nuestras costumbres y convicciones. Así pues, por continuar con nuestros ejemplos anteriores, una manera de responder a la preguntas de porqué usamos nombres o cenamos pan sería contar la historia de cómo y de donde surgieron esas costumbres. Pragmatistas, naturalistas e historicistas (especialmente aquellos descendientes del Marxismo o/e influenciados por los últimos escritos de Wittgenstein (2017)) favorecen este tipo de explicaciones (Rorty 1991).

Nótese que hay una diferencia importante entre preguntar el porque de estas certezas o costumbres, a preguntar si aquello de lo que estamos tan seguros es verdadero o si debería de ser así. Preguntarse por las causas históricas o evolutivas que nos han llevado a, por ejemplo, creer que la relación que tiene una madre con sus hijos o hijas es moralmente diferente a la que tienen dos personas cualesquiera, es muy distinto a preguntarse si dicha diferencia existe realmente. El preguntarse por la verdad de nuestras certezas fundamentales es el objetivo de un tipo de investigación filosófica llamada **fundacionismo**. Sin embargo, este tipo de investigación ha caído muy en desuso en los últimos años. En su lugar, sin embargo, ha crecido el interés por procesos **críticos** que bien buscan sustituir algunas de nuestras certezas fundamentales por otras que nos puedan llevar a una vida social más justa.

En resumen, el análisis asociado a las preguntas *por qué* busca determinar, dada una **hipótesis**:

1. Las **razones** que tenemos o podríamos tener para creer que es verdadera
2. Las **consecuencias** que tiene o podría tener que fuera verdadera

3. Sus **causas** (en el caso de que las tenga) y

4. Sus **efectos** (en el caso de que las tenga)

Además, este análisis debe complementarse con el análisis simultáneo de otras hipótesis en competencia. Por ejemplo, uno no puede entender bien cual es la función de, digamos, la presencia del pan en nuestra dieta sin preguntarse también sobre su ausencia de otras dietas.

Idealmente, este análisis exploratorio nos llevaría a encontrar:

A. Entre las causas o las razones, algo

- a. Tautológico o Necesario
- b. Obvio
- c. Verdadero
- d. Sencillo o
- e. Intuitivo

B. Y entre las consecuencias o efectos, algo

- a. Contradictorio o imposible
- b. Absurdo (o obviamente falso)
- c. Falso
- d. Demasiado complicado o
- e. Contra-intuitivo

Una vez que hemos llegado a alguna de ellas (entre mas alta en la lista sea el punto de llegada, mas fuerte es el argumento), tenemos el material suficiente para construir un **argumento**. Si encontramos lo que nos pide (A), tenemos un argumento **a favor** de la hipótesis. Si encontramos lo que nos pide (B), tenemos un argumento **en contra**. En

otras palabras, si nuestra hipótesis se sigue de algo verdadero, intuitivo, etc., entonces este algo nos da buenas razones para creerlo. De ahí que podamos construir un argumento que tenga aquello verdadero, intuitivo, etc. a lo que llegamos como premisas y la hipótesis como conclusión.

Si, por el contrario, de nuestra hipótesis se sigue algo falso, contra-intuitivo o absurdo, entonces tenemos buenas razones para creer que es falso. De ahí que podamos construir un argumento en contra de la hipótesis que tenga a la hipótesis como premisa y al absurdo o la falsedad a la que se llega como conclusión. Este tipo de argumentos se llaman de **reducción al absurdo** y demuestran que la hipótesis es falsa.

Una vez que tenemos un argumento, nuestras decisiones, opiniones o respuestas se encuentran bien fundadas y podemos comunicarlas de manera mas precisa, conscientes de sus causas y efectos, de sus razones y consecuencias.

Referencias

- Barceló, Axel (2011) "Subsentential Logical Form", *Crítica*, Vol. 43, No. 129
(Diciembre 2011), pp. 53-63
- Cummins, Robert (1975) "Functional Analysis". *The Journal of Philosophy*, Vol. 72,
No. 20. (Nov. 20, 1975), pp. 741-765
- Frege, Gottlob (1972) *Conceptografía / Los fundamentos de la aritmética / Otros estudios filosóficos*, traducidos por Hugo Padilla, Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM, México.

- Russell, Bertrand (2005) “Sobre el denotar”, *Teorema: Revista Internacional de Filosofía* Vol. 24, No. 3, Centenario de la publicación de "On Denoting" (2005), pp. 153-169.
- Calvino, Italo (1998) “Exactitud”, en *Seis propuestas para el próximo milenio*, traducida por Aurora Bernárdez, Siruela.
- Stein, Lorin (2010) “Freedom and the Future of Literary Fiction”, *The Atlantic Monthly*, August 23, <https://www.theatlantic.com/entertainment/archive/2010/08/freedom-and-the-future-of-literary-fiction/61905/> Consultado el 30 de Julio, 2018.
- Rorty, Richard (1991) *Contingencia, Ironía y Solidaridad*, Paidós.
- Wittgenstein, Ludwig (2017) *Investigaciones filosóficas*, traducida por C. Ulises Moulines según la cuarta edición inglesa preparada por P.M.S. Hacker y J. Schulte, Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM y Secretaría de Cultura, CENART.